Capítulo 1

Un hospital es un lugar con una vida paralela a la real. Allí se aloja el miedo, la angustia, la tristeza... En muchos casos, también la felicidad o el alivio. En un hospital se concentran algunos de los sentimientos más intensos, más extremos, que se puedan experimentar. Y se rige por unas reglas y unos protocolos propios. Es necesario conocerlos si se quiere sobrevivir en ese universo.

Marina pensaba en eso mientras avanzaba deprisa sorteando a personas como ella. Desconocidos que pululaban por los blancos pasillos del centro hospitalario, buscando afanosamente una consulta, una sala de espera, una respuesta. Se cruzó con varios médicos ataviados con su nivea bata, el fonendoscopio colgando del cuello y un bolígrafo en el bolsillo. Algunos de ellos caminaban mientras charlaban de manera animada. Otros hablaban en voz baja, como intercambiando malas noticias. Le pareció que muchos la observaban con disimulo. Tenía la certeza de que su rostro reflejaba el miedo que sentía, lo que provocaba esas miradas condescendientes. Continuó corriendo sin posar la vista en ninguna parte, salvo en el cartel que, pasillo tras pasillo, recoveco tras recoveco, indicaba una sola palabra: «Información».

Llegó por fin ante un mostrador tras el que dos mujeres, de mediana edad y gran diligencia, atendían a todos los que, como ella, acababan de adentrarse en ese microcosmos.

—La planta de Ginecología es la tercera. Tiene usted el ascensor a mano derecha, junto a la cafetería.

—Para cambiar la hora de la consulta debe ir a Admisión. Yo desde aquí no puedo hacer nada; lo siento.

—Diego Recarte. Sí. Aquí está. Ha llegado en una ambulancia hace dos horas y media. Está en la uci. Diríjase a la quinta planta y pregunte allí. Le darán más información.

¿Cómo puede decirse algo así con el tono de quien está indicando dónde se encuentran los lavabos? Avanzó hacia el ascensor pensando que, a pesar de todo, era comprensible. En este universo, en el que fluye el dolor y el miedo se hace presente en muchas de las miradas, es necesario protegerte si quieres sobrevivir.

El ascensor tardó en llegar un par de minutos interminables durante los que sopeó subir los cinco pisos corriendo. Por fin, decidió que, por mucho que este se demorara, llegaría antes que ella. Además, necesitaba estar medianamente sosegada. No sabía qué se iba a encontrar en aquella fatídica quinta planta.

Marina siempre se había caracterizado por la tranquilidad con la que afrontaba cualquier situación. En el trabajo la admiraban porque era raro que se pusiera nerviosa, aunque faltaran solo dos días para la entrega de un proyecto; aunque a última hora tuvieran que levantar un artículo de la revista; aunque el jefe la citara en su despacho el viernes a las tres de la tarde. En todas esas circunstancias, y en muchas otras similares, mantenía la calma. No tenía sentido anticipar acontecimientos.

También ahora se mostraba serena mientras esperaba el ascensor, ajena por completo a la charla incesante de las otras dos personas con las que compartía ese diáfano y aséptico hábitat.

—Según el oncólogo, está mucho mejor. Y ya sabes que con esto son muy cuidadosos.

Marina oía el sonido que hacían las palabras, pero no prestaba atención al mensaje que transmitían. Mantenía la vista fija en el número rojo que se iba iluminando conforme el elevador pasaba por los sucesivos pisos: 4-3-2... Temía el momento de subir, de encontrarse con el médico. Es curioso cómo nos topamos, de manera repentina y abrupta, con acontecimientos que pueden determinar una existencia entera. Si Marina se hubiera matriculado en Ingeniería en vez de en Informática, como era su intención, no habría conocido a Diego y ahora no estaría

esperando que un ascensor la condujera al único lugar capaz de responder a su pregunta: «¿está vivo?». Dos puntos. Una diferencia de dos puntos en el examen de acceso a la universidad es lo que le había llevado a estar en ese hospital en ese preciso instante.

—¿A qué piso va?

Marina miró a la mujer que, pacientemente, esperaba con el dedo sobre el panel digital del ascensor.

—Eh... Perdona, quinto. Voy a la quinta planta.

—A la uci.

—Sí.

A la uci. Y sonó como una condena. Un amigo de su padre, médico intensivista, dijo un día que a la uci van los pacientes que van a vivir, no los que van a morir. Ni siquiera era consciente de que esa conversación se hubiera quedado registrada en su cerebro, pero ahora recordaba con precisión exacta el momento en el que tuvo lugar.

Estaban tomando el aperitivo en el bar que hay al lado de casa. A su padre era el que más le gustaba porque decía que servían las mejores tapas de Madrid. Ella estaba aburrida y enfadada. Tenía quince años y ese solía ser su estado habitual cuando estaba con sus padres. Entonces entró un matrimonio que desentonaba de forma casi irrisoria con ese ambiente popular de tasca de barrio; de inmediato, todas las miradas de los parroquianos se concentraron en ellos. Estos no se inmutaron; al contrario, parecían disfrutar de esa fugaz expectación. Sus padres y aquellos dos marceanos se saludaron efusivamente. Ella también lo hizo con corrección, pero sin interés. De la charla que mantuvieron extrajo dos conclusiones: que llevaban tiempo sin verse y que unos amigos, un tercer matrimonio al que no recordaba haber saludado nunca, habían tenido un fatal accidente. Volvían a casa después de cenar cuando, bajo una intensa lluvia, el coche patinó en la M-

40 y chocó violentamente contra el pretil de un puente. La mujer murió en el acto.

—Y él estuvo cuarenta días en la uci, pero salió adelante —explicó aquel médico amigo de sus padres.

Su madre movía la cabeza, asintiendo con expresión horrorizada.

—Pero como yo digo siempre —continuó aquel hombre—, a la uci entran los que van a vivir. Los que mueren antes no van a la uci, claro está; y muchos de los que van a morir tampoco, porque se quedan en Oncología o en Cardiología.

Marina lo miró con desagrado porque le pareció un comentario muy desafortunado. Pero ahí quedó todo. Y ahora, quince años después, volvía ese comentario a su cabeza con total nitidez para paliar, aunque fuera míseramente, el miedo que le daba pensar en la uci.

Se detuvo ante una mujer más o menos de su edad que le preguntó con mucha amabilidad si necesitaba información sobre alguien en particular. Sintió ganas de llorar. Su tono de voz era cercano y su mirada parecía decir: «Cálmate, ya has llegado. A partir de ahora, todo será más fácil».

—Estoy buscando a Diego Recarte. Hace unas horas una persona ha llamado por teléfono a mi hermana Adela y le ha comunicado que Diego había tenido un accidente, un accidente muy grave, y que debía venir rápidamente al hospital. En Urgencias me han dicho que allí no estaba, que fuera a preguntar a Información. Y en Información me han indicado que Diego está aquí. ¿Me puede explicar qué le ha pasado? ¿Puedo verlo? ¿Está bien?

—Bueno, tranquilícese. En efecto, Diego Recarte está aquí. Y va a poder verlo en unos minutos. Pero antes, el doctor Romero quiere hablar con usted. ¿Ha venido sola? ¿No hay nadie que pueda acompañarla?

—No. Mi hermana me ha asegurado que iba a venir, pero no ha llegado todavía. A mis padres no les he contado nada. ¿Qué le ha pasado a Diego? La persona que ha llamado ha dicho algo de un accidente en casa, en el garaje. No entiendo...

—Ahora mismo vamos a explicarle todo lo que sabemos; no se preocupe. Pase a la salita, por favor, y siéntese. Yo voy a buscar al doctor Romero.

Se acomodó en el borde de un sofá bastante bajo e incómodo y dejó el bolso sobre una mesita de cristal muy similar a la que tenía su hermana en el salón. La enfermera que le había recibido le ofreció un vaso de agua, pero ella lo rechazó. Pensó en Adela y en el susto que se había llevado cuando, sin anticipar nada de lo que iba a suceder después, respondió a una llamada de un móvil desconocido. Una voz grave, algo apresurada, le había preguntado si conocía a Diego Recarte. Ella había contestado que sí, que era su cuñado. Bueno, su futuro cuñado. Y aquel hombre le había dicho entonces que lo sentía mucho, pero que en ese momento se lo llevaban al hospital en una ambulancia.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Su hermana había tenido la sangre fría de pedirle que se identificara.

—Soy un agente de la Policía Municipal. La he llamado porque figura en primer lugar en su lista de contactos. Me dice que es su futuro cuñado. ¿Puede entonces, por favor, avisar a su hermana?

Así de simple.

En ese instante le vino a la mente aquel día en el que Marina le había insistido a Diego para que en su agenda de contactos escribiera su nombre precedido por dos «aes» mayúsculas.

—He leído en el periódico que es muy útil para los servicios de emergencia. Si se produjera un accidente, recogen el móvil y avisan a la persona que tiene las dos aes delante. Yo me he puesto «AA Diego». ¿Y tú?

—No te preocupes, que si me pasa algo, ya te enterarás.

—Ya, pero no te cuesta nada hacer el esfuerzo, ¿no?

—Vale, si así te quedas más tranquila, te prometo que las pondré.

Pero no lo había hecho y por eso el susto se lo había llevado su hermana.

Por fin se abrió la puerta de la sala y entró un hombre alto, delgado, de unos brillantes ojos azules y una sonrisa amplia, que le tendió la mano con afecto. Se la apretó con energía, como si tratara de infundirle valor.

—Siéntese, por favor. La han avisado a usted porque entiendo que es el familiar más cercano de Diego Recarte.

—Sí, soy su novia. Vamos a casarnos dentro de unas semanas.

¿Creyó ver cierta tristeza en sus ojos o solo se lo imaginó?

—Muy bien. ¿Y cuál es su nombre, por favor?

—Marina. Marina Ruiz. ¿Qué ha pasado? ¿Puede decirme cómo está Diego?

—Bueno, Marina, comenzaré por responder a la segunda pregunta. Diego está muy grave, pero afortunadamente hemos logrado estabilizarlo. Se encuentra en coma; lo tenemos monitorizado y controlado, así que, a partir de ahora, intentaremos anticipar y resolver cualquier incidencia que pueda producirse.

Notó cómo se le saltaban las lágrimas y se apresuró a secárselas con el dorso de la mano.

—Muchas gracias.

—Por favor, no me dé las gracias. Estamos aquí para ayudarle. Ahora voy a tratar de explicar qué le pasó. A Diego lo encontraron en su coche, dentro del garaje, con la puerta cerrada y el

motor encendido. Marina —de repente, su tono se volvió más grave—, todo parece indicar que ha sido un intento de suicidio.

Sin poder evitarlo, se puso a pensar que estaba viviendo una película, una escena de algún telefilme. Pero esta vez era real y no podía aislarse de la historia levantándose a por un vaso de agua o para meter una bolsa de palomitas en el microondas.

¡Era una locura! ¿Qué estaba diciendo aquel hombre? ¿Cómo iba a querer suicidarse Diego? Diego. Cariñoso, divertido, un poco harto de los preparativos de la boda, pero siempre paciente. Quizá las últimas semanas había estado distraído. Un poco más serio de lo normal. El trabajo y la organización de la boda le ocupaban mucho tiempo; también ella estaba muy ajetreada, pero no le había dado importancia.

«Y no le has dado importancia porque no la tiene —pensó casi con rabia—. ¿Quién sospecharía que su novio se iba a suicidar solo porque lo encontraba un poco más callado de lo habitual?».

Miró al doctor Romero y le espetó casi con enfado:

—¿Cómo sabe que ha intentado suicidarse? A lo mejor se quedó dormido dentro del coche, o le dio un ictus, o un infarto. ¿No puede haber otra explicación?

—Marina, todavía no sabemos mucho, pero la policía tiene claro que se trata de un intento de suicidio. Parece ser que tenía una goma que iba desde el tubo de escape hasta la ventanilla trasera del coche.

Quizá fuese porque en esos momentos la mente intenta buscar una válvula de escape, una evasión para no caer en un pozo negro, o porque era incapaz de asumir lo que estaba pasando y necesitaba tiempo para asimilarlo; pero lo cierto es que, en vez de pensar en Diego, su cabeza se llenó de imágenes sobre el coche y el día que lo compraron. Entonces lo adquirieron sin pensar siquiera que aquel «habitáculo elegante, diáfano, de línea impecable», como lo describía el avezado vendedor, iba a ser en

realidad un sarcófago, una tumba en la que Diego, voluntaria e inexplicablemente, había decidido enterrarse.

¡Ojalá no lo hubieran comprado! ¡Ojalá no hubiera estado nunca aparcado en el garaje de su casa! Lo veía ahora allí, silencioso, amenazante, esperando el momento de...

Volvió a la realidad y se dio cuenta de que el doctor Romero la miraba con ojos inquisitivos, aunque su voz continuaba siendo amable y pausada.

—Marina, lo que ha vivido es una experiencia traumática y terrible y es normal que se encuentre un poco confusa. Vamos a hacer lo siguiente: primero vamos a ver a Diego; así podrá comprobar que se encuentra bien dentro de la gravedad. A continuación, deberá hablar con el agente de la Policía Municipal que dio el aviso al 112 para que le explique exactamente qué fue lo que pasó o, por lo menos, lo que saben hasta el momento. Y después concertaremos una cita para mantener una conversación un poco más larga que nos pueda ayudar a determinar qué le puede estar ocurriendo a Diego y por qué se encuentra en esta situación.

Volvió a sentir ganas de llorar, pero esta vez de alivio. El hecho de tener una especie de hoja de ruta facilitaba el proceso. Al menos, sabía los pasos que debía ir dando.

Se levantaron y accedieron a la uci. La unidad de cuidados intensivos era, en realidad, una gran sala central con pequeñas habitaciones en los laterales. A través de las lamas de las persianas a medio cerrar se podía ver a los pacientes; personas de distintas edades y envergaduras. Mientras avanzaban, su mirada se fue fijando en las gráficas luminosas que indicaban el estado de cada uno. A cada paso que daba, escudriñaba las camas, intentando adivinar en cuál de ellas estaría Diego. El personal sanitario se movía con rapidez entre los boxes de la sala, corrigiendo algún dato en la pantalla o manteniendo quedas conversaciones a la entrada de cada compartimento.

El doctor Romero caminaba a su lado, respetando su silencio.

—Yo pensaba que aquí no se podía entrar más que a determinadas horas.

—Así es como norma general —respondió el doctor amablemente—, pero, en la medida de lo posible, intentamos que los familiares puedan mantener el contacto durante todo el tiempo que quieran. Creemos que el hecho de estar con ellos, lejos de ser un inconveniente, y salvo casos especiales, supone un gran avance para la recuperación. Procuramos que los pacientes estén tranquilos. Además, con esta luz natural, nuestra uci es idónea para que puedan orientarse y diferenciar el día de la noche; por eso, tenemos un reloj en cada habitación.

Era cierto. Los débiles rayos del sol de aquel día de finales de noviembre se filtraban por las ventanas de los distintos espacios y llegaban hasta la sala central. Todo allí era agradable: el color blanco, la luz, la calidez del ambiente. Y el silencio. Un silencio suave, pero sin llegar a ser sepulcral.

Por fin llegaron ante el box número 17. El doctor Romero se detuvo un instante antes de abrir la puerta.

—Marina, se va a encontrar a Diego intubado. Está en coma, pero vigilamos sus constantes de manera permanente y le estamos administrando oxígeno. El cuadro es bastante aparatoso, pero tranquila, lo tenemos todo controlado.

Abrieron la puerta y, efectivamente, la impresión fue enorme. Aunque parecía tranquilo, a pesar de los tubos que tenía conectados tanto a la boca como a la nariz, el sonido del émbolo, la luz tenue y la rigidez de su postura proporcionaban una sensación de irrealidad. Sus manos, esas manos fuertes y a la vez dulces que ella tanto quería, descansaban sobre una colcha blanca con las iniciales de la Comunidad de Madrid en azul. Tenía los ojos cerrados y el torso desnudo, aunque permanecía tapado hasta casi

los hombros. Pero lo que le hizo llorar de nuevo no fue él, sino la infinita ternura con la que le hablaba una enfermera que estaba de pie junto a su cama.

—¡Mira, Diego! Han venido a verte. Es el doctor Romero con una chica guapísima. Seguro que es tu novia. Qué callado te lo tenías... No nos habías dicho nada de una novia... Y más de una se va a llevar un disgusto.

Había algo grotesco en ese tono dirigido a un ser inerte, inmóvil, que no era consciente de estar allí, y mucho menos de conocer a la enfermera Ramírez. Así era como se llamaba esta profesional, tal y como indicaba la pequeña insignia que llevaba prendida a la bata blanca. Pero Marina lo agradeció mucho; agradeció su ánimo, como agradecía también todos los esfuerzos que estaban haciendo para ayudarla y, sobre todo, para salvar la vida de Diego.

—Marina, esta es María Ramírez, enfermera de la uci. Como ves, Diego acaba de llegar, pero ya le han tomado cariño.

—Hola, Marina. Encantada. Es tu novio, ¿no?

Asintió sin palabras, con los ojos vidriosos y mordiéndose las comisuras de la boca con todas sus fuerzas para no llorar.

—Tranquila. Ven, acércate.

Marina la obedeció con un nudo en el estómago.

—Mira, Diego. Mira quién ha venido a verte. No te hagas el duro y saludala.

Mientras hablaba, cogió la mano de Marina y la puso encima de la de Diego, que no respondió al contacto.

—Toma su mano y apriétasela, que note la presión. Y háblale, dile que estás aquí y que tienes muchas ganas de que se despierte.

No podía hablar porque si lo hacía, se echaría a llorar con desesperación.

Tragó saliva repetidamente. Intentó contener las lágrimas. Se imaginó que estaba en el cine con Diego, comprando en el Alcampo, tomando una caña en Santa Ana. Se vio a sí misma en situaciones cotidianas para intentar controlar aquel frágil dique durante el mayor tiempo posible.

—Hola, Diego. He venido en cuanto me he enterado —casi susurró.

—¿Lo ves, Diego? Ha venido corriendo. ¡Ay! ¡Cómo nos hacéis sufrir! Venga, dile a tu novia que te vas a poner bien enseguida. Que no queremos tenerte aquí mucho tiempo. Seguro que te gusta el fútbol, ¿a que sí, Marina? El jueves juega el Madrid contra el Barça. Y tú tienes pinta de madridista.

Marina sonrió. Claro que era madridista, aunque también era tranquilo en lo que respecta al fútbol. Diego no se enfadaba si su equipo perdía. No se enfadaba si a un compañero lo ascendían y él se quedaba atrás. No se enfadaba con sus amigos; no se enfadaba con ella. Por supuesto que sufría decepciones; claro que sentía a veces la furia y la frustración, pero en esas ocasiones simplemente se mantenía en silencio. Era un silencio rotundo del que solo salía cuando él creía conveniente, sin que valiera de nada intentar forzar una conversación. En esos casos, la miraba sin un ápice de maldad con sus dulces ojos castaños, que reflejaban una enorme tristeza. Y ella entonces se sentía fatal. Ojalá se desahogara. Ojalá le soltara un «déjame en paz». Ojalá le espetara algo como «¿no ves que no quiero hablar?». Pero él no decía nada, aunque sabía por sus ojos que sufría.

El doctor Romero consultó el monitor, echó un vistazo a la carpeta que estaba al pie de la cama de Diego y le indicó a la enfermera Ramírez que continuara con la misma pauta, advirtiéndole que si se producía cualquier cambio en su estado, se lo comunicara con la mayor brevedad.

Marina continuaba apretando la mano de Diego sin saber exactamente qué decir ni qué hacer. Solo quería llorar.

La enfermera acudió en su auxilio.

—La primera visita es muy dura. No te preocupes. La próxima vez que vengas será más fácil. A lo mejor hasta tenemos suerte y Diego ya ha despertado. Yo que tú me iría a casa a descansar un rato.

El doctor Romero asintió con la cabeza y le mostró la salida.

—María tiene razón, y además es la jefa aquí, así que lo mejor es que le hagamos caso.

La enfermera sonrió. Era evidente que había un buen ambiente de trabajo y Marina pensó que por lo menos Diego estaba rodeado de buena gente. Le dio un beso en la mano inerte que seguía sosteniendo entre las suyas, le acarició la frente sin que Diego moviera un solo músculo y salió al pasillo, sintiéndose vacía y desvalida. Le habían dicho que se fuera a casa. ¿Y qué iba a hacer ella en casa? ¿Qué haría las próximas horas, los próximos días, los próximos meses?